

parados por las leyes: y la unidad política y civil completó la unidad de la fé.

Celebráronse en el reinado de Recesvinto algunos otros concilios que solo trataron de asuntos eclesiásticos. Este monarca, á quien el pueblo español debió el gran beneficio de la unidad, murió en Gérticos, pequeña aldea á tres leguas de Valladolid, donde habia ido con deseo de recobrar su quebrantada salud, en 672, á los veinte y tres años de su reinado, el mas largo que se cuenta en los anales de los godos, y en que sola una vez se vió turbada la paz con la corta rebelion de Froya y los vascones.

CAPITULO VI.

WAMBA.

de 672 á 680.

Estrañas circunstancias que acompañaron la eleccion de Wamba.—Su reptugnancia á aceptar la corona.—Alteraciones en la Vasconia.—Idem en la Galia gótica.—Famosa rebelion de Paulo.—Simulacro de coronacion.—Sujeta Wamba á los vascones y á los tarraconenses.—Toma de Narbona.—Célebre ataque de Nimes.—Se posesiona de la ciudad, y hace prisionero á Paulo y á los principales rebeldes.—Solemnidad con que fueron juzgados.—Sentencia de muerte.—Indulgencia de Wamba.—Su entrada triunfal en Toledo.—Humillacion afrentosa de Paulo y sus cómplices.—Notable ley de Wamba.—Flota sarracena en el Mediterraneo.—Es destruida por las naves godas.—Concilios celebrados en el reinado de Wamba.—Sus principales disposiciones.—Singular traza inventada por Ervigio para destronar á Wamba.—Vístenle el hábito de penitencia, y se retira gustoso á un claustro.—Ervigio es ungido rey.

Aconteció á la muerte de Recesvinto uno de aquellos sucesos extraordinarios y singulares, que no solo no habian tenido ejemplo en la historia del pueblo godo, sino que tal vez no le ha tenido en los anales del mundo. En una pequeña aldea de España se realizó un hecho noble, grandioso, sublime, que enseña á la humanidad á no desconfiar nunca de encontrar virtudes en los hombres.

Con arreglo al decreto del concilio octavo de Toledo, había que proceder á la eleccion de rey en el pequeño pueblo de Gérticos, por haber muerto allí el último monarca. De improviso y como por milagro cesan ó enmudecen las ambiciones de aquellos turbulentos grandes que se despertaban ó estallaban á cada fallecimiento de un rey y perturbaban el reino á cada eleccion; y todos los principales próceres, civiles, eclesiásticos y militares, fijan unánimemente sus miradas y dan como por inspiracion su voto á un noble y anciano godo llamado Wamba, por sus virtudes señalado y conocido. Si justos y desnudos de ambicion se mostraron en esta ocasion los electores, excedió á todos en abnegacion y desinterés el electo. Rehusó Wamba el cetro que el voto unánime y general ponía en sus manos, exponiendo la debilidad de sus fuerzas para sobrellevar tan grave peso como el del vasto imperio godo. Ni las instancias y súplicas de los oficiales de la córte, ni la consideracion del bien y la felicidad del Estado que delante le ponian, y que decian reclamar aquel sacrificio de su parte, nada bastaba á vencer su repugnancia, alegando siempre que no se creia capaz de remediar los males que la nacion padecia: ruegos, reflexiones, razonamientos, todo era inútil: hasta que al ver tan obstinada resistencia, uno de los gefes militares de palacio se lanzó con la espada desnuda en medio de la reunion, y dirigiéndose con torbo ceño y amenazador continente á

Wamba: «Si te obstinas, le dijo, en rehusar la corona que te ofrecemos, ten entendido que ahora mismo y con este mismo acero haré rodar tu cabeza (1).» A tan enérgica insinuacion cedió Wamba, no sin manifestar de nuevo el sacrificio que hacia en aceptar un puesto á que no le llamaba su inclinacion. Una vez obtenido su consentimiento, púsose la córte en camino para Toledo, pues solo allí y en su iglesia quiso ser consagrado.

A los diez y nueve días de la muerte de Recesvinto recibia Wamba el óleo santo de mano del metropolitano Quirico, en medio de las aclamaciones del pueblo.

Desde su eleccion hasta su muerte, todo es dramático en la vida de Wamba. En el acto de la consagracion, dicen las crónicas, vieron todos salir de la cabeza del ungido una abeja que voló hácia el cielo, lo cual se interpretó por signo y anuncio de la dicha que esperaba á la nacion bajo el nuevo monarca (2). La piadosa traduccion de este suceso se acomodaba bien á las esperanzas que con justicia se fundaban en el desinterés, en la prudencia, en el valor, en la religiosidad y en la dulzura del sugeto en quien recaia.

Tuvo no obstante Wamba que comenzar por donde muchos de sus antecesores, á saber, por una es-

(1) Et minaci contra eum vultu, educto gladio, prospiciens dixit: «Nisi consensusum te nobis promittas, gladii hujus mucrone modo truncandum te scias.» Julian. Tolet. Hist. Regis. Wambæ. xii: (2) Sebast. Salmant. Chronica l. c.

pedicion contra los vascones, que parecia haberse propuesto levantarse periódicamente al advenimiento de cada nuevo monarca. Llegaba ya Wamba con buen golpe de gente cerca del país sublevado, cuando recibió aviso de haberse alzado también en la Galia Hilderico, conde de Nimes, en cuya ciudad habia lanzado al obispo de su silla para poner otro de su parcialidad. Urgia no dejar que cundiera por toda la Septimania una insurreccion que presentaba ya un carácter harto grave. Por lo tanto envió Wamba para reprimirla con un cuerpo de tropas escogidas á uno de sus gefes mas experimentados y de mas reputacion, Paulo, griego de origen, segun tiene buen cuidado de advertir el cronista obispo de Toledo. Tan luego como Paulo se vió lejos del rey, mandando una fuerza respetable, tentóle la ambicion ó despertósele la que ya antes tuviera, y no aspirando á nada menos que á reemplazar á Wamba en el trono, comenzó á preparar la ejecucion de su pensamiento. Confiósele en Tarragona al duque de la provincia Ransindo y al gardingo Hildigiso, á quien logró seducir. Levantaron allí tropas, aparentando hacerlo de parte del rey, y se dirigieron con ellas á Narbona, cuyo obispo, Argbaudo, ó con noticia ó con sospecha de los planes de aquellos gefes, se preparaba á cerrarles las puertas de la ciudad; pero anticipóse Paulo y se apoderó de la plaza.

Ejecutóse allí el simulacro de coronacion que lle-

vaban ideado. Reunidos los oficiales del ejército y los principales habitantes de la ciudad, les recordó Paulo en un estudiado discurso el disgusto con que Wamba habia aceptado la corona, expúsoles que no podria el reino gozar de paz bajo un monarca sobrado de años y falto de energía, y que el mayor bien que podria hacerse al pueblo godo era encomendar el cetro á manos mas vigorosas y firmes, exhortándolos á que buscáran un hombre digno de llevar la corona del imperio. Entonces el duque Ransindo, que también llevaba bien estudiado su papel: «¿Quién mas digno, exclamó, de mandar á los visigodos que el que acaba de hablar con tanta firmeza y cordura?» Oficiales y soldados aplaudieron la proposicion, y Paulo quedó proclamado rey de los godos. Faltaba á la comedia la parte de exornacion y de espectáculo. Ransindo, al paso por Gerona, habia tenido la prevision de arrancar de la cabeza de San Félix mártir una bella corona de oro, regalo de la piedad del católico Recaredo, y la corona del santo mártir fué colocada en las sienes del improvisado monarca con grande aplauso de la multitud. Pero la corona del mártir Félix habia de ser corona de martirio para el rey Paulo. Entretanto concertáronse los rebeldes de Narbona con los de Nimes, y con algunos auxiliares francos y sajones que recibieron pusieron en movimiento toda la Septimania, de modo que el desvanecido Paulo figurábase ya no restarle otra cosa que preparar su

marcha triunfal á Toledo, y hacerse aclamar solemnemente en la capital del reino godo. Muy de otra manera corrieron las cosas.

Ocupado estaba Wamba en reducir á los vascones cuando supo la traicion de Paulo y la estraña escena de Narbona. Tratóse en consejo de generales el partido que se deberia tomar: emitiéronse, como suele acontecer, opiniones diversas y encontradas: el rey optó por sujetar primero á los vascones y marchar despues seguidamente sobre los rebeldes de la Galia. Asi se ejecutó. Siete dias bastaron á los godos para domar aquellos montañeses. Tal era la energía de Wamba, y tal el vigor que habia sabido comunicar á sus soldados. Emprende luego su marcha hácia la Galia gótica: toma de paso á Barcelona y Gerona, y dividiendo su ejército en tres cuerpos, disponiendo que una flota concurriese por mar á los puertos de la Septimania para proteger á los ejércitos de tierra, se entra por las gargantas de los Pirineos, se apodera de los fuertes que los sublevados defendian en aquellas estrechuras, hace prisioneros á Ranosindo é Hildigiso, acampa dos dias en el valle del Rosellon esperando á que se le reunan todas las tropas, é incorporadas estas avanza á Narbona. No habia tenido Paulo valor para esperarle alli; despues de muchas bravatas habia creido mas prudente retirarse á Nimes, dejando á Vitimiro, uno de sus parciales, la defensa de la ciudad. Acometiéronla los godos con una impetuosidad

propia de su antiguo ardor bélico, incendiaron las puertas y penetraron en la plaza. Empeñóse en el centro de la ciudad un rudo combate, arrollábanlo todo los soldados de Wamba: tuvo Vitimiro que refugiarse en un templo; hasta allí fué perseguido: no le valió cobijarse detrás de un altar ni defenderse con su espada; derribóle un soldado con un grueso tablon que le descargó encima, y arrancado de alli con algunos de sus principales cómplices, sufrieron el castigo y la afrenta de ser apaleados. Rendida Narbona, opusieronle escasa resistencia Agda, Magdalona y Beziers. Quedaba Nimes, el refugio de Paulo y de Hilderico. Allá envió Wamba el grueso de sus tropas, quedándose él á cuatro ó cinco leguas de la ciudad, por si los francos acudian en socorro de los rebeldes.

Comenzó el ataque del célebre sitio de Nimes en 31 de agosto (673). Al salir el sol hicieron los godos retumbar aquel cuerno de imponente sonido que anunciaba las batallas. El ataque fué vivo, vigoroso y porfiado: los sitiados se defendian con bravura; unos y otros peleaban con encarnizamiento: todo el dia duró la refriega; á la caida de la tarde los godos fueron rechazados con pérdida; la noche puso fin á la lucha. Los sitiadores enviaron á pedir refuerzos á Wamba; diez mil hombres de refresco estaban ya bajo los muros de Nimes á la salida del sol del 1.º de setiembre. ¡Prodigiosa actividad! Al ver tan considerable y pronto refuerzo el jactancioso Paulo se turba,

pero acudiendo al disimulo: «Todos nuestros enemigos, les dice á los suyos, los tenemos delante: este es todo el ejército de Wamba; una vez destruido, nada nos queda que vencer.» A este tiempo el bronco sonido del cuerno da á los godos la señal del asalto, avanzan á los muros, provistos de todos los instrumentos de guerra: los sitiados acuden á la muralla y hacen jugar sus arcos y sus hondas; recibenlos los sitiadores con una lluvia de dardos y de piedras. Asi estuvieron unos y otros por espacio de cinco horas. A las once de la mañana los sitiados se ven oprimidos por los arqueros del ejército real y se retiran de los baluartes: los sitiadores minan los muros: incendian las puertas, abren brechas, y penetran furiosamente en la ciudad; derrámanse entonces acero en mano por todas las calles, amotínanse los de dentro proclamando traicion, y todo es confusion, desolacion y muerte en la plaza; millares de cadáveres cubren las calles de Nimes, y apenas pueden los vencedores poner el pié en parte que no tropiece con algun muerto ó algun moribundo. La noche viene á echar un velo sobre aquel teatro de muerte y dar tregua al furor y al cansancio. Un silencio pavoroso reinaba en Nimes. Oíase solo algunos gritos de los vencedores y algun llanto semiahogado de los infelices habitantes.

El desvanecido Paulo, insultado por el pueblo, tuvo que despojarse del manto real y demás insignias del trono, que habia vestido desde la farsa de Narbo-

na, y se encerró con sus mas fogosos parciales en el anfiteatro romano, lugar fuerte que era entonces, y que aun constituye una de las glorias de Nimes. ¡Singular coincidencia, y sublime y providencial castigo de la ambicion y del orgullo! El insensato Paulo se desnudó vergonzosamente de las vestiduras reales que en un arrebató de presuntuosidad se habia acomodado á sí mismo, precisamente en el 1.º de setiembre, aniversario del dia en que solemnemente habia sido coronado Wamba cuyo trono queria usurpar.

Faltaba aun el desenlace patético de aquel drama que tan alegremente se habia inaugurado para Paulo. Este y los suyos penetrados de que no podian mantenerse mucho tiempo en aquel asilo, y noticiosos de que Wamba llegaria á la ciudad al dia siguiente, acordaron que Argebaldo obispo de Narbona, á quien Paulo habia llevado consigo, saliera al encuentro del rey á pedirle en nombre de todos el perdon y la vida. Todo desde el principio hasta el fin, fué dramático en este suceso. El prelado quiso prepararse celebrando una misa, á que asistieron y en que comulgaron todos los gefes de la rebelion vestidos de mortajas, como quienes contaban segura la muerte. Concluido el sacrificio, salió el obispo al encuentro del rey á caballo con su traje é insignias episcopales: el obispo al ver al monarca se apea, le saluda, y postrado en tierra pide perdon para sí y para todos. Wamba le hace le-

vantar y ofrece amplio perdón para él. El prelado insiste en que sea completo para todos los culpables: entonces Wamba le repite con entereza: «á tí no te toca imponer leyes: ¿aun te parece poco perdonarles las vidas? He ofrecido completo perdón para tí solo; en cuanto á los demás nada prometo.»

El rey prosiguió su camino. Algunas horas después el bello sol del Mediodía y de una apacible mañana de setiembre hacia resplandecer en las calles de Nimes las limpias armaduras de los caballeros que escoltaban al rey Wamba en medio de las aclamaciones de una muchedumbre. Algunos oficiales principales se dirigen al anfiteatro en que se guarecía Paulo, habitación en otro tiempo de los tigres y leones que servían para los juegos del circo. Dos capitanes asieron á Paulo cada uno de un mechón de su larga cabellera gótica, y llevado así entre los caballos le presentan á Wamba: el miserable se prosterna delante del rey, y se descíñe el cinturón militar en señal de rendimiento. Sucesivamente le fueron presentando los demás rebeldes: Wamba reconviene á todos, los manda poner en lugar seguro, y señala el día en que serán juzgados á presencia del ejército. Publícase de órden del rey un indulto general para los que habían tenido parte en la rebelión, francos, sajones, galos, españoles y godos, á escepcion de los susodichos gefes. Ordena enterrar los muertos, curar los heridos, restituir á los habitantes lo que les había

sido arrebatado, volver á los templos sus alhajas, entre las que se hallaba la corona de San Félix que por algunas semanas se había ceñido Paulo, y obsequia á los soldados vencedores con dinero de su caja particular.

Al tercer día se ofrece un espectáculo singular é imponente á los ojos de los habitantes de Nimes: aparece todo el ejército en órden de batalla: levántase en medio un tribunal, presidido por el rey, asistido de los generales y señores de su córte: allí hace comparecer á Paulo y sus compañeros: «Conjúrote, le dice á Paulo, en el nombre de Dios omnipotente, que en esta asamblea de hermanos entres conmigo en juicio, y me digas si en algo te he ofendido, ó si te he dado ocasión que te pudiera excitar á tomar las armas contra mí, y á levantarte con intento de usurpar el reino (1).» Paulo respondió humildemente que confesaba no haber recibido del rey Wamba sino beneficios, y que reconocía no tener su traición disculpa alguna. La misma pregunta hizo á todos, y de todos obtuvo igual respuesta. Entonces el monarca hizo leer el juramento de fidelidad que cada uno de ellos había prestado al rey Wamba; en seguida el otro juramento que habían hecho á Paulo de no dejar las armas hasta que Wamba fuera despojado del trono. El proceso estaba fallado por sí mismo. El tribunal leyó los

(1) *Conjuro te per nomen omnipotentis Dei, ut in hoc conventu fratrum meorum, etc.* Julian. *Tol. Hist. Regis Wambæ.*

cánones de los últimos concilios relativos á los atentados contra los reyes; los jueces pronunciaron sentencia de muerte contra Paulo y veinte y siete cómplices, entre los cuales figuraba el primero el obispo de Magalona, Gulmidio. Wamba entonces usó de la régia prerrogativa que los concilios le concedían, conmutando la pena de muerte en la de tonsura y cárcel perpétua.

Detúvose algunos dias en las Galias, los necesarios para restablecer las cosas en el estado normal que tenían antes de las últimas turbulencias; hecho lo cual, emprendió otra vez el camino de Toledo, llevando consigo los prisioneros rebeldes. Por todas partes iba recibiendo aclamaciones y aplausos. Una legua antes de llegar á la córte de los godos se dispuso una entrada triunfal, solemne y vistosa. Toda la comitiva se vistió de gala, y marchaba ordenadamente en dos filas, los gefes de la rebelion iban en carretas, vestidos con trages oscuros y humildes, los pies desnudos, una cuerda al rededor de la cintura, rapadas las cabezas, cejas y barbas. Distinguíase entre ellos Paulo con una corona de cuero negro ceñida á las sienas, signo irrisorio de la que habia querido usurpar. Vefase en seguida al rey con su gran cortejo de oficiales y señores cubiertos de brillantes armaduras. Asi atravesó las calles de Toledo entre las aclamaciones de un pueblo alborozado. Paulo y sus cómplices, entre los que habia muchos eclesiásticos y algunos obispos,

fueron conducidos á la prision que les estaba destinada ⁽¹⁾.

Concluida esta guerra, dedicóse Wamba á las cosas del gobierno del Estado. La poblacion de Toledo habia crecido desde que se habia hecho córte y asiento de los reyes godos. Wamba la hizo ceñir de un segundo muro abarcando los nuevos arrabales: empleáronse en la construccion de esta muralla muchas piedras del antiguo circo romano. Hiciéronse ó se repararon de su órden varias otras obras públicas en diferentes puntos del reino, y mostróse tan amigo de las artes en la paz como habia sido activo y enérgico en la guerra. De inferir es que Wamba se hallaria resentido de algunos grandes y clérigos, que no le habrian ayudado en sus dos campañas, ó al menos asi lo hace sospechar la famosa ley que empieza: «*De his qui ad bellum non vadunt:*» que de su propia autoridad dió tan pronto como regresó á Toledo. En ella impone bajo las penas mas severas asi á eclesiásticos como á seglares, de cualquier clase, y gerarquía que sean, la obligacion de tomar las armas y acudir de cien millas en contorno á cualquier punto en que haya ó amenace un peligro para la patria ⁽²⁾.

(1) San Julian, Hist. de la expedicion del rey Wamba.

(2) «E por ende establecemos en esta ley, que deste dia adelante, quando que quier que los enemigos se levantaren contra nues-

tro regno tod omne de nuestro regno, si quier sea obispo, si quier clérigo, si quier conde, si quier duc, si quier ricombre, si quier infanzon, ó qual que quier omne que sea en la comarca de los ene-

Faltábale al rey Wamba acreditar su poder y su pericia en la guerra de mar como lo había acreditado en la de tierra. La ocasión le vino á la mano. Habían los sarracenos por este tiempo conquistado una gran parte de Africa, y levantado en ella un nuevo y terrible poder, peligroso para España por su proximidad. Por primera vez en el reinado de Wamba, se vió una flota sarracena de doscientos setenta pequeños barcos cruzar el Mediterráneo, y amenazar y molestar las costas meridionales de España. No debía cogérle á Wamba desprevenido, puesto que inmediatamente le salió al encuentro con otra flota, en que embarcó buen número de gente de armas, y dándole alcance y empeñado un combate naval, echó á pique la mayor parte de los barcos enemigos, incendió otros y pudo apresar algunos⁽¹⁾. Ni se supo ni con certeza ha podido averiguarse por culpa de quién se acercára

migos, ó si fuera legado de la frontera acerca de ellos, ó si llegar allí á ellos por aventura do otra tierra, todo que sea cerca de la frontera fasta C. millas daquel lugar o se faz la lid, despues que go lo dixiere el rey ó su omne, ó pues que él lo sabe por si en qual manera se quier, si man á mano non fuere presto con todo su poder para defender el regno, é si se quisiere escusar en alguna manera, é non quisiere ayudar á los otros mano á mano por amparar la tierra, si los enemigos ficiere algun danno, ó cativaren algun omne de nuestro pueblo, ó de nuestro regno, aquél que non quiso salir contra los ene-

migos por algun miedo, ó por escusacion, ó por enganno, é non quiso seer presto por amparar la tierra, si es obispo ó clérigo, é non oviere onde faga enmienda del danno que ficiere los enemigos en la tierra, sea echado fora de la tierra, como mandare el príncipe. Y esta pena mandamos que ayau los obispos, é los sacerdotes, é los diáconos, é los otros clérigos que non an dignidad... E de los otros legos establecemos, etc.» Traduc. del Fuero Juzgo, lib. IX., tit. II., l. 9.

(1) Sebast. Salmant. Chron. c. 3.—Luc. Tud. Chron. Mundi, l. c.

á España aquella armada enemiga, y no carece de verosimilitud la sospecha de algunos autores que propenden á atribuírsela á Ervigio, que, como luego veremos, envidiaba la gloria de Wamba y maquinaba algun medio de arrebatarle la corona.

La gloria militar de este reinado, el último en que se vió revivir el antiguo espíritu guerrero de los godos, no impidió atender á las cosas de la Iglesia, objeto que los godos no olvidaban ya nunca. Dos concilios se celebraron en tiempo de Wamba, en Toledo el uno, en Braga el otro, ambos en el mismo año de 675. Con estrañeza vemos en el primer cánón del de Toledo prescribirse á los obispos que guarden en él la debida modestia, asi en sus acciones como en sus palabras, que se produzcan con moderacion, sin usar chanzas ni injurias, y que no haya ni confusion ni tumulto. Prívase en el tercero de su dignidad á los eclesiásticos que intervengan en juicios que puedan producir sentencia de muerte ó mutilación de miembros. Insístese en el último en la celebracion anual tantas veces mandada de los concilios provinciales. Ordénase en el primero del de Braga que en el sacrificio de la misa no se use de leche ni de racimos de uvas, sino solo de pan y vino, mezclándose agua en el cáliz conforme á la antigua tradicion. Prohíbese en el cuarto á los presbíteros tener en su compañía otra muger que su madre. Mándase en el quinto que los obispos vayan á pié en las procesiones, y no llevados

en silla por los diáconos; y se impone en el sesto excomunion y destierro á los obispos que manden azotar á los presbíteros, abades ó diáconos súbditos suyos ⁽¹⁾. Las demas disposiciones de uno y otro concilio son de pura disciplina eclesiástica, y en el reinado militar de Wamba no vemos á estas asambleas religiosas ocuparse como en las anteriores en negocios civiles ⁽²⁾.

Vengamos al término de la carrera política de Wamba. Una intriga de mal linage puso fin al glorioso reinado de este príncipe, que extraño y singular en su comienzo, lo fué todavía mas en su término y remate. Habia en la córte de Wamba un conde palatino llamado Ervigio (*Erwig*), descendiente de la familia de Chindasvinto. Gozaba de la confianza del rey, que conocia algunas de sus buenas prendas, pero no su ambicion: tanto mejor para Ervigio, que mortificado de la envidia y atormentado del deseo de reinar, no fiando por otra parte el poder alcanzar el trono por eleccion, hallándose como se hallaba Teodofredo hermano de Recesvinto, á la cabeza de un partido poderoso, recurrió para asegurarse la corona á una traza que tuvo mas de lo depravado que de lo in-

(1) Aguirre, Collect. Conc. Hisp.

(2) No hablamos de la famosa division de obispados atribuida á Wamba, en que creyeron muchos historiadores, y á que dedica Mariana un capitulo entero, seguido de otro en que explica la division de Constantino, no menos apócrifas la una que la otra, pues evide-

ciada su falsedad por las sabias investigaciones de hombres eruditos, no hay para qué detenernos en convencer de ello á nuestros lectores. El que desee ilustrarse mas sobre esta materia, puede ver el tomo IV. de la España Sagrada de Florez.

genioso. Dió á beber al rey un brebaje que le hizo caer por buen espacio de tiempo en profundo letargo. Llegó á desconfiarse ya de su vida, y Ervigio que estaba en el secreto como autor de él que era, se apresuró á hacerle tonsurar y vestirle el hábito de penitencia, como era costumbre en aquel siglo. Cuando Wamba se recobró y se halló sin cabello y con la túnica monacal, no quiso contrariar la ley del concilio que privaba del trono al que una vez hubiera sido decalvado y vestido el hábito de monge; y el que habia aceptado la corona de rey como un sacrificio, la dejó sin violencia y con el mismo desprendimiento y desinterés con que la habia tomado. Antes por evitar los males de una guerra civil que en el caso de empeñarse en conservarla veia ya inminente, se inmoló por segunda vez á la tranquilidad pública, y designando por sucesor al mismo Ervigio, descendió gustoso de un trono á que habia subido con repugnancia, y se retiró á hacer la vida de monge en el monasterio de Pampliega (cerca de Burgos), donde vivió ejemplarmente por mas de siete años. Ejemplo insigne de abnegacion y de virtud, raro por desgracia en los anales de los monarcas y de los imperios.

A los ocho dias de aquel suceso el ambicioso Ervigio era ungido con el óleo santo por mano del metropolitano de Toledo (680).